

MEDITACION

Demasiados rumbos, demasiados caminos...

por L. d'Andraitx

Grandes masas de forasteros acuden cada año, siempre con ritmo creciente, a nuestra costa. Turistas y más turistas de todos los rincones de Europa y de otros confines desean llegar a nuestro mar latino, como en una peregrinación incesante y prometedor. Loado sea el Señor que nos vuelve a conceder la gracia de un mar de paz, de civilización, como un camino vecinal para todos cuantos vienen a reflejarse en el azul de nuestro Mediterráneo. Esta significación es la que sacamos, verdaderamente, de toda esta afluencia que escoge nuestra Costa Brava como punto de destino de sus vacaciones anuales.

No otra consecuencia podemos asociar a nuestra mente, nosotros turistas de los espacios abiertos. Porque conforme pasa el tiempo y según se desarrollan ciertos momentos, más debemos convencernos de que el turismo no se reduce a un viaje de orgía en el cual pueda beberse una copa de champaña en cualquier establecimiento de más o menos monta o bien tener un amor ilícito en cada puerto.

Si antes hablamos del mar, es porque en definitiva esta es la riqueza que, junto al clima, nos ha sido confiada. Así dan muestras de comprenderlo quienes saben adornar esta riqueza con las flores de nuestra espiritualidad, de nuestra civilización, erigiéndose, en esta forma, en verdaderos celadores de este turismo que pone delante nuestro todos los caminos del mundo. En definitiva, aunque muchos no puedan comprenderlo así, es el corazón el turista, pese a algunas sombras opacas que muchas veces floten en la nitidez de nuestras bellezas.

Recordemos, para estos últimos, un texto de Ezequiel que se encuentra en la Sagrada Escritura, en la que prediciendo la ruina de Tiro, la gran capital de Fenicia, la que reflejaba su belleza en las riberas del mar; Tiro gran competidora de Roma, que conoció de todas las inmensas riquezas venidas de todos los confines de la tierra; recordemos

Demasiados caminos, demasiados rumbos se abren ante nuestra vida, para entender la única muerte que nos espera.

Cada día se puede empezar de nuevo, y cada día, en cierto sentido hay que empezar de nuevo. Cada hora tiene su signo propio, su indescifrable mensaje. Para qué, por qué, cómo, cuándo, dónde...?

Y nadie lo sabe, porque en la vida no hay experiencia posible. No son posibles las previas experimentaciones en los laboratorios del corazón y del alma. Cada reacción es nueva. Nueva en la variabilidad de sus factores, o en sus proporciones cuantitativas, si aquellos fueron distintos. Nada es viejo, nada es caduco; la vida es renovación, evolución y proyecto. Y la vida que sentimos nuestra puede trocarse en desconocida, y en peligrosas insconstancias, buscamos por otro rumbo lo que perdimos. Ansiar la paz es un derecho de todos. Y, así todos vamos a cualquier parte, todos ansiamos un algo que nos huye; algo que quizá dejamos morir en nuestras manos sin notarlo, sin saberlo, y que precisaría de otra mano para ser hallado. ¡Vamos a ciegas al norte de la esperanza! Brilla la luz en el firmamento. Insaciable nuestro ser, nuestro deseo. Izamos las velas rumbo a la luz, pero en los caminos del mar no hay huellas de pisadas, no hay caminos sobre las aguas, ni tampoco están trillados en el cielo para el vuelo del pájaro. Y la tierra es hostil. La rosa de los vientos queda en una palabra, en trazos que pudieran ser saetas, pero que en realidad sólo son posibilidades.

¡Demasiados caminos...! La luz brilla en cualquier parte en el firmamento de nadie. Y cada camino exige una vida de realidad y esperanza. Y acabamos desertando de la vida por demasiadas posibilidades de vivirla. Y no podemos huir de la meta. Poniente o norte, ¡quién sabe! Nuestra muerte que espera. Demasiadas vidas para una sola muerte.

Muerte para un único que quizá no supimos entrever; muerte acorde con el atajo que olvidamos; muerte hermana de los veriles que no quisimos, para andar desnudos por el campo. La muerte nuestra, desconocida, que nos dirá lo que no entendimos lo que descuidamos, lo que tenía realidad de vida y lo dejamos pasar por nuestro lado.

Pero, ¿cómo acusar a los humanos de inconsciencia, si los caminos son muchos, si cada vida es de todos y de nadie, si la luz brilla lejos, inaprehensible, y nuestras manos no saben alcanzarla? Dar con la luz, que es amor a Dios, al propio trabajo, vivir la compañía deseada, apresar sueño y tiempo, musa y espacio, vivir a compás con algo que llevamos dentro, que ya fué nuestro al nacer, y que será nuestro en la muerte, nuestro siempre e incuestionable, es algo, es un mucho dado a pocos, pero que todos deseamos.

Para lograrlo; ¡cuántos caminos! Y quizá la muerte espere por el camino no hollado.

pues, aquel texto que en su pasaje final, dice «Morirás en manos extranjeras. Tú que eres modelo de sabiduría, de perfecta belleza, tú que acopias riquezas y que estás cubierta de perlas, topacios y záfiro; tú, entendida en el arte de la flauta y el tamboril, con tus calles simétricamente alineadas desde el día que fuiste edificadas hasta que la riqueza te pervertió, caerás, y al sentir tus gemidos bajarán de las naves que vienen empuñan los remos y marinos y pilotos saltarán en tierra

llorando amargamente y clamando: —«Cómo acabó Tiro, cuyo comercio abasteció tantos pueblos y enriqueció a tantos reyes de la tierra con la inmensidad de sus tesoros y colonias»

Texto que nos demuestra, muy claramente, de que tanto como el medio económico,— aquí el turístico— es un camino para el engrandecimiento de los pueblos, también puede serlo de desgracia cuando a este medio se le sacrifica la espiritualidad de lo que se posee.

ABECE